

Paul Auster

La noche del oráculo





Seix Barral Biblioteca Formentor

Paul Auster

La noche del oráculo

Traducción del inglés por
Benito Gómez Ibáñez

Título original: *Oracle Night*
Henry Holt and Company
Nueva York, 2003

© Paul Auster, 2003
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com
© por la traducción, Benito Gómez Ibáñez, 2004
© Editorial Planeta, S. A., 2012, 2022
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2022
ISBN: 978-84-322-3985-4
Depósito legal: B. 4.974-2022
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Había estado mucho tiempo enfermo. Cuando llegó el día de salir del hospital, apenas sabía andar, casi no recordaba quién era. Haga un esfuerzo, me dijo el médico, y en tres o cuatro meses volverá a habituarse a las cosas. No le creí, pero de todos modos seguí su consejo. Me habían desahuciado, y ahora que había desbaratado sus predicciones y seguía misteriosamente con vida, ¿qué otra cosa podía hacer sino vivir como si tuviera todo un futuro por delante?

Empecé dando pequeños paseos, nada más que una o dos manzanas y luego vuelta a casa. Solo tenía treinta y cuatro años, pero a todos los efectos la enfermedad me había convertido en un anciano: uno de esos viejales temblorosos que van arrastrando los pies y no pueden poner uno delante de otro sin mirar cuál es cuál. Incluso a la lentitud con que me movía entonces, andar me producía una extraña y volátil sensación de ligereza, un barullo de señales confusas y fallidas conexiones mentales. El mundo empezaba a girar y dar tumbos ante mis ojos, desplazándose como una imagen en un espejo ondulado, y siempre que intentaba centrar la mirada en una sola cosa, aislar un objeto de la vertiginosa avalancha de colores —un pañuelo azul anudado a la cabeza de una mujer, digamos, o la luz roja en la parte trasera de una furgoneta—, empezaba in-

mediatamente a descomponerse, a esfumarse, a desaparecer como una gota de tinta en un vaso de agua. Todo temblaba y se estremecía, se disgregaba en todas direcciones, y durante las primeras semanas me costaba trabajo averiguar dónde acababa mi cuerpo y empezaba el resto del mundo. Me daba contra las paredes y los cubos de basura, me enredaba en las correas de los perros y los papeles que llevaba el viento, tropezaba en las aceras más lisas. Llevaba toda la vida viviendo en Nueva York, pero ya no entendía ni las calles ni el gentío, y cada vez que salía a una de mis breves excursiones me sentía como perdido en una ciudad desconocida.

El verano llegó pronto aquel año. Al final de la primera semana de junio empezó a hacer bochorno, un tiempo desagradable, agobiante: día tras día de cielos apáticos, verdosos; el aire impregnado de efluvios de basura y gases de los tubos de escape; el calor que emanaba de cada ladrillo y bloque de cemento. A pesar de todo seguí adelante, obligándome a bajar las escaleras y salir a la calle todas las mañanas, y a medida que el desconcierto se me iba disipando en la cabeza y las fuerzas me volvían poco a poco, fui capaz de alargar los paseos y llegar a algunos de los rincones más apartados del barrio. Diez minutos pasaron a ser veinte; una hora se convirtió en dos; dos horas se hicieron tres. Respirando trabajosamente, con la piel siempre bañada en sudor, caminaba sin rumbo como un espectador del sueño de otro, observando el bullicioso ajeteo del mundo y maravillándome de haber sido un día como aquella gente que me rodeaba: siempre con prisa, siempre de acá para allá, siempre tarde, apurándome para hacer un montón de cosas más antes de que se pusiera el sol. Ya no servía para seguir jugando a aquello. Ahora era mercancía estropeada, un cúmulo de piezas averia-

das, un desbarajuste neurológico, y todo aquel afán de ganar y gastar me dejaba completamente frío. Para distraerme un poco, empecé a fumar otra vez y a pasar la tarde en cafeterías con aire acondicionado, pidiendo refrescos y emparedados de queso a la plancha mientras escuchaba conversaciones perdidas y me leía tres periódicos distintos de cabo a rabo. Pasó el tiempo.

El día en cuestión —18 de septiembre de 1982—, salí del apartamento entre las nueve y media y las diez de la mañana. Mi mujer y yo vivíamos en Brooklyn, en el barrio de Cobble Hill, a medio camino entre Brooklyn Heights y Carroll Gardens. Normalmente echaba a andar en dirección norte, pero aquel día fui hacia el sur, torciendo a la derecha al llegar a la calle Court y siguiendo seis o siete manzanas en línea recta. El cielo estaba del color del cemento: nubes oscuras, ambiente plomizo, llovizna arrasada por grises ráfagas de viento. Siempre he tenido debilidad por esa clase de tiempo, y me sentía contento en aquella mañana deslucida, sin echar en absoluto de menos la canícula de días atrás. A los diez minutos de salir, a mitad de la manzana situada entre Carroll y President, vi una papelería en la acera de enfrente. Estaba encajonada entre un zapatero remendón y una tienda de comestibles abierta las veinticuatro horas, la única fachada alentadora en una hilera de edificios mediocres y ruinosos. Supuse que no llevaba mucho tiempo allí, pero a pesar de ser nueva y del ingenioso arreglo del escaparate (torres de bolígrafos, lapiceros y reglas colocados de forma que recordaban la silueta de Nueva York recortada contra el cielo), el Palacio de Papel parecía una papelería muy pequeña para ofrecer algo interesante. Si decidí cruzar la calle y entrar, debió de ser porque en mi fuero interno deseaba ponerme a trabajar otra vez; sin saberlo, sin ser conscien-

te del impulso que iba creciendo en mi interior. No había escrito nada desde que volví del hospital en mayo —ni una frase, ni una palabra— y no sentía el menor deseo de hacerlo. Ahora, tras cuatro meses de apatía y silencio, se me metió de pronto en la cabeza que tenía que renovar las existencias: plumas y lapiceros, un cuaderno, cartuchos de tinta y gomas de borrar, carpetas y blocs de notas, de todo.

Había un chino sentado tras la caja registradora en la parte delantera. Parecía un poco más joven que yo. Y al mirar por el escaparate cuando me disponía a entrar en la tienda, vi que estaba inclinado sobre una libreta, escribiendo columnas de cifras con un portaminas de color negro. Pese al frío que hacía aquel día, llevaba una camisa de manga corta —una de esas ligeras y anchas prendas veraniegas de cuello abierto— que acentuaba la delgadez de sus brazos cobrizos. Sonó un campanilleo cuando abrí la puerta y el hombre alzó un momento la vista para saludarme cortésmente con un movimiento de cabeza. Le devolví el saludo, pero antes de que pudiera decirle algo volvió a bajar la vista para sumirse de nuevo en sus cálculos.

El tráfico debía de pasar por un rato de calma en la calle Court, a menos que el cristal del escaparate fuera sumamente grueso, porque mientras echaba a andar por el primer pasillo para inspeccionar la tienda, de pronto percibí el silencio que reinaba allí dentro. Yo era el primer cliente del día, y la quietud era tan absoluta que se oía el rasgueo del lapicero del chino a mi espalda. Siempre que pienso ahora en aquella mañana, el ruido del lápiz es lo primero que me viene a la memoria. En la medida en que la historia que me dispongo a contar tenga algún sentido, creo que ahí es donde comienza: en el lapso de aquellos

breves segundos, cuando el ruido de aquel lápiz era el único sonido que quedaba en el mundo.

Empecé a recorrer el pasillo, deteniéndome cada dos o tres pasos para examinar los artículos de los anaqueles. Se trataba en su mayoría de material escolar y de oficina normal y corriente, pero para ser un local con tan poco espacio ofrecía una selección sorprendente y esmerada, y me impresionó el cuidado con que se había procedido a almacenar y colocar tal plétora de objetos, que parecían incluir desde sujetapapeles de latón de seis tamaños diferentes a doce modelos distintos de clips. Al dar la vuelta a la esquina y empezar a recorrer el otro pasillo hacia la parte delantera, observé que habían dedicado una estantería a una serie de artículos de importación de gran calidad: cuadernos italianos con tapas de piel, agendas de direcciones hechas en Francia, delicadas carpetas japonesas de papel de arroz. Había también dos montones de cuadernos alemanes y portugueses. Los portugueses me resultaban especialmente atractivos, y con sus tapas duras, sus líneas cuadrículadas y sus pliegos de resistente papel cosido donde no se corría la tinta, en cuanto cogí uno y lo tuve entre las manos supe que iba a comprármelo. No tenía nada de extravagante ni ostentoso. Era un artículo práctico: sobrio, sin pretensiones, funcional, nada de esos libros de hojas en blanco que a uno se le ocurriría comprar para hacer un regalo. Pero me gustaba el detalle de que estuviera encuadernado en tela, y también me complacía el formato: veintitrés centímetros y medio por dieciocho y medio, lo que lo hacía ligeramente más corto y más ancho que los cuadernos normales. No puedo explicar por qué, pero esas dimensiones me parecieron sumamente satisfactorias, y, al tener aquel cuaderno en las manos por primera vez, sentí algo parecido a un

placer físico, una súbita, incomprensible oleada de bienestar. Solo quedaban cuatro cuadernos en el montón, cada uno de distinto color: negro, rojo, marrón y azul. Me decidí por el azul, que por casualidad era el que estaba encima.

Tardé otros cinco minutos más o menos en encontrar el resto de las cosas que necesitaba, y luego me dirigí a la parte delantera de la papelería y lo dejé todo en el mostrador. El dueño me dedicó otra de sus corteses sonrisas y empezó a pulsar teclas en la caja, registrando el importe de los diversos artículos. Pero cuando llegó al cuaderno azul, se detuvo un momento, se quedó con él en la mano y pasó levemente la yema de los dedos por la tapa. Fue un gesto de apreciación, casi una caricia.

—Bonito libro —declaró, en un inglés con marcado acento extranjero—. Pero se acabó. Se acabó Portugal. Historia muy triste.

No entendí nada de lo que había dicho, pero en vez de ponerle en un apuro y pedirle que lo repitiera, murmuré algo sobre el encanto y la sencillez del cuaderno y luego cambié de tema.

—¿Hace mucho que ha abierto la papelería? —le pregunté—. Está impecable, y todo parece muy nuevo.

—Un mes. Diez de agosto inauguración.

Al revelar ese dato, pareció ponerse un poco más derecho, sacando pecho con juvenil orgullo militar, pero cuando le pregunté cómo iba el negocio, dejó pausadamente el cuaderno sobre el mostrador y sacudió la cabeza.

—Muy flojo. Muchos disgustos.

Al mirarlo a los ojos, me di cuenta de que tenía más años de los que le había echado al principio: treinta y cinco por lo menos, incluso cuarenta. Hice algún torpe co-

mentario sobre aguantar y esperar a que las cosas empezaran a funcionar, pero él sacudió la cabeza, esbozó una sonrisa y dijo:

—Mi sueño de siempre, tener una tienda. Una papelería como esta, con plumas y papel, mi gran sueño americano. Negocio para todos, ¿verdad?

—Verdad —repetí, aunque no estaba completamente seguro de lo que quería decir.

—Todo el mundo hace palabras —prosiguió—. Todo el mundo escribe cosas. En colegio los niños hacen deberes en mis cuadernos. Los profesores ponen notas en mis cuadernos. En los sobres que vendo la gente manda cartas de amor. Libros de contabilidad, blocs de notas para listas de la compra, agendas para planificar semana. Todo aquí importante para vida, y eso me hace feliz, es un honor para mí.

El dueño de la papelería soltó ese pequeño discurso con tal solemnidad, con tan grave acento de responsabilidad y determinación, que confieso que me conmovió. ¿Qué clase de hombre era el dueño de aquella papelería, me pregunté, que disertaba ante sus clientes sobre la metafísica del papel y se veía a sí mismo cumpliendo una función esencial en la infinitud de los asuntos humanos? Había algo cómico en todo aquello, supongo, pero al oírle hablar ni por un momento se me ocurrió reír.

—Bien dicho —respondí—. No podría estar más de acuerdo con usted.

El cumplido pareció levantarle un poco el ánimo. Con una breve sonrisa y una inclinación de cabeza, siguió pulsando teclas en la caja registradora.

—Muchos escritores, aquí en Brooklyn. Bueno para negocio, quizá.

—Puede —contesté—. Lo malo de los escritores es que no les sobra el dinero para gastar.

—Ah —respondió, alzando la vista de la caja y dirigiéndome una sonrisa tan amplia que puso al descubierto una boca llena de dientes torcidos—. Usted debe ser escritor.

—No se lo diga a nadie —repuse, intentando mantener el tono de broma—. Se supone que es un secreto.

No era una observación muy graciosa, pero al dueño de la papelería debió de parecerle muy divertida, porque estuvo un buen rato a punto de morirse de un ataque de risa. En su forma de reír había un ritmo extraño, entrecortado —como si hablara y cantara a la vez—, y las carcajadas le salían a borbotones de la garganta en una alternancia de breves y mecánicos trinos: *Ja, ja, ja. Ja, ja, ja.*

—No digo a nadie —aseguró, una vez que cesó el arrebató—. Alto secreto. Solo entre usted y yo. Mis labios sellados. *Ja, ja, ja.*

Reanudó su tarea con la máquina registradora y cuando terminó de meter mis cosas en una amplia bolsa blanca, volvió a ponerse serio.

—Si un día escribe historia en cuaderno azul de Portugal —me dijo—, me hará muy feliz. Mi corazón lleno de alegría.

No supe qué contestar, pero antes de que se me ocurriera algo que decir, se sacó una tarjeta de visita del bolsillo de la camisa y me la pasó por encima del mostrador. En la parte superior estaban escritas en negrita las palabras PALACIO DE PAPEL. Después la dirección y el teléfono del establecimiento, y luego, en la parte inferior derecha, había un último elemento de información que anunciaba: *M. R. Chang, Propietario.*

—Gracias, señor Chang —le dije, sin levantar la vista de la tarjeta. Luego me la guardé en el bolsillo y saqué la cartera para pagarle.

—Nada de señor —objetó Chang, exhibiendo de nuevo su amplia sonrisa—. M. R. Así parece más importante. Más americano.

De nuevo no supe qué decir. Se me pasaron por la cabeza algunas ideas sobre el significado de aquellas iniciales, pero me las guardé para mí. Medios de Reajuste. Múltiples Repasos. Misterios Revelados. Es mejor no formular determinadas observaciones, y no quise castigar al pobre hombre con mi deprimente ironía. Después de un breve y embarazoso silencio, me tendió la bolsa blanca y luego, a modo de agradecimiento, hizo una reverencia.

—Que tenga suerte con la tienda —le deseé.

—Un palacio muy pequeño —observó—. No hay mucho género. Pero usted dice lo que quiere, y yo pido. Cualquier cosa que pida, yo traigo.

—Vale —contesté—. Trato hecho.

Di media vuelta para marcharme, pero Chang salió precipitadamente de detrás del mostrador y me cortó el paso delante de la puerta. Parecía tener la impresión de que habíamos concluido un negocio de suma importancia, porque pretendía estrecharme la mano.

—Hecho —afirmó—. Bueno para usted, bueno para mí. ¿Vale?

—Vale —repetí, consintiendo en el apretón de manos. Encontré un tanto absurdo el hecho de hacer tanta ceremonia por tan poca cosa, pero no me costaba nada seguirle la corriente. Además, estaba impaciente por largarme, y cuanto menos abriera la boca, antes me marcharía de allí.

—Usted pide y yo traigo. Sea lo que sea, lo encuentro. M. R. Chang sirve lo pedido.

Me dio otros dos o tres apretones de manos y luego me abrió la puerta, saludando con la cabeza y sonriendo

mientras pasaba por delante de él y salía a la fresca mañana de septiembre.¹

Había pensado entrar a desayunar en una de las cafeterías del barrio, pero el billete de veinte dólares que había metido en la cartera antes de salir se había quedado reducido a tres de uno y unas cuantas monedas: ni siquiera daba para la especialidad de la casa de dos dólares con noventa y nueve centavos, contando la propina y los impuestos.

1. Han pasado veinte años desde aquella mañana, y se ha perdido buena parte de las cosas que dijimos. Hurgo en mi memoria para encontrar el diálogo que falta, pero no doy más que con unos cuantos fragmentos aislados, retazos despojados de su contexto original. Aunque si de algo estoy seguro es de que le dije mi nombre. Debí de ser justo cuando se enteró de que yo era escritor, ya que aún le oigo preguntarme cómo me llamaba, por si se encontraba con algo que hubiera publicado. «Orr», es lo que le contesté, diciéndole primero el apellido, «Sidney Orr». El inglés de Chang era un tanto deficiente y no captó bien mi respuesta. Por «Orr» entendió «o», y cuando, sonriendo, negué con la cabeza, pareció que su rostro se fruncía en una expresión de avergonzada confusión. Estaba a punto de corregir el error y deletrearle la palabra, pero antes de que pudiera emitir sonido alguno se le volvieron a iluminar los ojos y empezó a hacer breves y furiosos gestos con ambas manos, como si remara. Tal vez creyendo que la palabra que había dicho era «oar», remo. Una vez más, volví a negar con la cabeza y sonreí. Completamente derrotado ya, Chang emitió un sonoro suspiro y dijo: «Horroroso, este idioma inglés. Muy difícil para mi pobre cabeza». El malentendido prosiguió hasta que cogí el cuaderno azul de encima del mostrador y escribí mi nombre con letras mayúsculas en la contracubierta. Aquello pareció surtir el efecto deseado. Después de tanto esfuerzo, no me molesté en informarle de que los primeros Orr que llegaron a Estados Unidos fueron los Orlovsky. Mi abuelo había abreviado el apellido para hacerlo más americano: lo mismo que Chang había hecho añadiendo al suyo las iniciales M. R., muy decorativas pero sin sentido alguno.

De no haber sido por la bolsa, habría seguido con mi paseo, pero no tenía sentido ir cargando con ella por todo el vecindario, y como hacía un tiempo bastante desagradable (la fina llovizna de antes se había transformado en un incesante chaparrón), abrí el paraguas y decidí marcharme a casa.

Era sábado, y mi mujer aún seguía en la cama cuando salí de casa. Grace tenía un trabajo fijo de nueve a cinco, y los fines de semana podía aprovechar para levantarse tarde, permitiéndose el lujo de no poner el despertador. Como no quería molestarla, me marché tan sigilosamente como pude, dejándole una nota en la mesa de la cocina. Ahora vi que ella había añadido unas frases al pie de mi nota. *Sidney: espero que el paseo haya sido divertido. Salgo a hacer unos recados. No tardaré mucho. Nos vemos luego. Te quiero, G.*

Fui a mi cuarto de trabajo, al final del pasillo, y saqué los nuevos pertrechos. El recinto no era mucho más amplio que un armario —el espacio justo para un escritorio, una silla y una librería en miniatura con cuatro angostos estantes—, pero lo encontraba suficiente para mis necesidades, que nunca habían ido más allá de sentarme en la silla y escribir palabras en hojas de papel. Había entrado varias veces en el cuarto desde que me dieron de alta en el hospital, pero hasta aquel sábado de septiembre por la mañana —que yo prefiero denominar *la mañana en cuestión*—, no creo que me hubiera sentado una sola vez en la silla. Ahora, mientras aposentaba mis lamentables y flojas posaderas en el duro asiento de madera, me sentí como quien llega a casa después de un viaje largo y difícil, el desventurado viajero que vuelve para reclamar su legítimo lugar en el mundo. Me encontraba bien estando en el cuarto otra vez, con ganas de estar allí, y en la oleada de

felicidad que me invadió mientras me instalaba frente a mi viejo escritorio, decidí señalar la ocasión escribiendo algo en el cuaderno azul.

Puse un cartucho de tinta en la pluma, abrí el cuaderno por la primera hoja y me quedé mirando la primera línea. No tenía ni idea de cómo empezar. El objeto del ejercicio no consistía en escribir algo concreto, sino en demostrarme a mí mismo que aún era capaz de escribir: lo que significaba que no importaba tanto lo que escribiera como el hecho de escribir algo. Cualquier cosa habría servido, cualquier frase habría sido enteramente válida, pero aun así no quería empezar el cuaderno con alguna estupidez, de modo que me quedé a la expectativa frente a la página cuadriculada, mirando las hileras de tenues líneas azules que se entrecruzaban en la blancura del papel convirtiéndolo en un campo de diminutos e idénticos cuadrados, y mientras dejaba vagar mis pensamientos por aquellos recintos tan finamente trazados recordé de pronto una conversación que había mantenido unas semanas antes con mi amigo John Trause. Rara vez hablábamos de libros cuando nos veíamos, pero aquel día John mencionó que estaba releendo a ciertos novelistas que había admirado en su juventud. Tenía curiosidad por saber si su obra había perdido actualidad, si las opiniones que se había formado a los veinte años eran las mismas que se haría hoy, con treinta y tantos años más a sus espaldas. Pasó revista primero a diez escritores, luego a veinte, mencionándolos a todos, desde Faulkner y Fitzgerald a Dostoievski y Flaubert, pero el comentario que mejor grabado se me quedó en la memoria —y que ahora recordaba sentado a la mesa con el cuaderno abierto delante de mí— fue una pequeña digresión que hizo con respecto a una anécdota que se cuenta en una de las obras de Dashiell Hammett.

—En eso hay material para una novela —aseguró John—. Yo ya estoy viejo para pensar en ello, pero un pipiolo como tú puede sacarle jugo a la idea, hacer algo con ella. Es un punto de partida fantástico. Lo único que hace falta es una historia que le vaya bien.²

Se refería al episodio de Flitcraft en el capítulo séptimo de *El halcón maltés*, la curiosa parábola que Sam Spade cuenta a Brigid O’Shaughnessy sobre un hombre que abandona la vida que lleva y desaparece de pronto. Flitcraft es un individuo absolutamente convencional: marido, padre, próspero hombre de negocios, una persona

2. John tenía cincuenta y seis años. No era joven, quizá, pero tampoco tan mayor como para considerarse un anciano, sobre todo cuando estaba envejeciendo bien y seguía aparentando cuarenta y tantos. Hacía tres años que lo conocía, y nuestra amistad era una consecuencia directa de mi matrimonio con Grace. Mi suegro había estado en Princeton con John en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, y aunque ambos ejercían profesiones diferentes (el padre de Grace era juez del Tribunal Federal de Distrito de Charlottesville, en Virginia), habían mantenido la amistad desde entonces. Yo lo conocí, por tanto, en su calidad de amigo de la familia, no como el famoso novelista al que llevaba leyendo desde el instituto y a quien consideraba uno de los mejores escritores que teníamos.

Aunque había publicado seis obras de narrativa entre 1952 y 1975, ya llevaba más de siete años sin sacar nada. Pero John nunca había sido rápido, y solo porque el intervalo fuese más largo que de costumbre no significaba que no estuviese trabajando. Había pasado varias tardes con él desde que salí del hospital, y entre nuestras charlas sobre mi salud (que a él, con su continua solicitud, le preocupaba profundamente), su hijo Jacob, de veinte años (que últimamente le causaba muchos disgustos), y los esfuerzos de los Mets por mantenerse a flote (una persistente obsesión común), había dejado caer suficientes indirectas sobre sus actuales actividades como para hacer suponer que se traía algo entre manos, y que dedicaba una buena parte de su tiempo a un proyecto que tenía bastante avanzado, quizá llegado ya a su fin.

que no puede quejarse de nada. Un día sale a comer y cuando va andando por la calle una viga se desploma desde el décimo piso de un edificio en construcción y casi aterriza en su cabeza. Unos centímetros más y Flitcraft habría muerto aplastado, pero la viga le pasa rozando, y salvo por una esquirla que salta de la acera y le da en la cara, resulta ileso. De todos modos, el hecho de haber estado a un paso de la muerte lo perturba, y no puede sacarse el incidente de la cabeza. Según dice Hammett: «Se sintió como si le hubiesen quitado la tapadera que cubre la vida, permitiéndole ver su mecanismo». Flitcraft cae en la cuenta de que el mundo no es un sitio tan racional y ordenado como él creía, de que ha estado equivocado desde el principio y jamás ha entendido ni palabra de lo que ocurría en él. Es el azar quien gobierna el mundo. Lo aleatorio nos acecha todos los días de nuestra vida; una vida de la que se nos puede privar en cualquier momento, sin razón aparente. Cuando termina de comer, Flitcraft concluye que no tiene más remedio que someterse a esa fuerza aniquiladora, que debe destruir su vida mediante algún gesto sin sentido, totalmente arbitrario, de negación de sí mismo. Pagará con la misma moneda, por decirlo así, y sin molestarse en volver a casa o despedirse de su familia, sin tomarse siquiera el trabajo de sacar dinero del banco, se levanta de la mesa, se dirige a otra ciudad y empieza una nueva vida.

En las dos semanas transcurridas desde que John y yo hablamos de ese pasaje, ni una sola vez se me había pasado por la cabeza que en algún momento me daría por asumir la difícil tarea de dar cuerpo a la historia. Estaba de acuerdo en que era un excelente punto de partida —porque todos hemos pensado alguna vez en dejar la vida que llevamos, y porque en algún momento todos

hemos deseado ser otro—, pero eso no quería decir que tuviera interés en desarrollarlo. Aquella mañana, sin embargo, sentado frente al escritorio por primera vez en casi nueve meses, con la vista fija en el recién adquirido cuaderno y esperando a ver si se me ocurría una frase inicial que no me produjera un sentimiento de vergüenza ni me hiciera perder el ánimo, decidí probar suerte con el conocido episodio de Flitcraft. No se trataba más que de un pretexto, la búsqueda de un medio para abrir brecha. Si era capaz de transcribir un par de ideas medianamente interesantes, al menos podría decir que había empezado a hacer algo, aunque lo dejara al cabo de veinte minutos y no volviera a trabajar más en ello. Así que quité el capuchón a la pluma, puse el plumín sobre la primera línea de la primera hoja del cuaderno azul, y empecé a escribir.

Las palabras fluyeron con rapidez, fácilmente, sin requerir gran esfuerzo. Resultaba sorprendente, pero con tal de que no dejara de mover la mano de izquierda a derecha, la palabra siguiente siempre parecía estar allí, deseosa por salir de mi pluma. Di a mi Flitcraft el nombre de Nick Bowen. Tiene treinta y tantos años, es editor en una importante editorial de Nueva York y está casado con una mujer llamada Eva. Siguiendo el ejemplo del prototipo de Hammett, se trata de un individuo que forzosamente hace bien su trabajo, es objeto de la admiración de sus compañeros, goza de seguridad económica, es feliz en su matrimonio, y así sucesivamente. O eso parecería tras una observación superficial, pero cuando empieza mi versión de la historia, ya hace tiempo que en el interior de Bowen bullen ciertos problemas. Comienza a aburrirle el trabajo (aunque no está dispuesto a admitirlo), y al cabo de cinco años de relativa estabilidad y tranquila felicidad con Eva, su matrimonio ha llegado a un punto muerto

(otro hecho al que no tiene el valor de enfrentarse). En lugar de reflexionar sobre su creciente insatisfacción, Nick pasa su tiempo libre en un garaje de la calle Desbrosses, en Tribeca, dedicado a la interminable empresa de reconstruir el motor de un Jaguar destartado que compró a los tres años de casarse. Es uno de los editores más importantes de una prestigiosa editorial neoyorquina, pero lo cierto es que prefiere el trabajo manual.

Cuando empieza la historia, al despacho de Bowen acaba de llegar un manuscrito. Novela breve, con el sugestivo título de *La noche del oráculo*, es al parecer obra de Sylvia Maxwell, novelista famosa en los años veinte y treinta que murió hace casi dos décadas. Según el agente que la ha enviado, esa obra perdida data de 1927, año en que Maxwell se fugó a Francia con un inglés llamado Jeremy Scott, pintor de poca monta que posteriormente trabajó de escenógrafo en películas británicas y americanas. Sus relaciones duraron dieciocho meses, y cuando se acabaron Sylvia volvió a Nueva York, dejando la novela en manos de Scott. El inglés la guardó como oro en paño durante el resto de su vida, y cuando le sobrevino la muerte a los ochenta y siete años, unos meses antes del comienzo de mi historia, apareció una cláusula en su testamento por la cual legaba el manuscrito a la nieta de Maxwell, una joven norteamericana llamada Rosa Lightman. La novela fue a parar al agente literario a través de ella, con instrucciones explícitas de que se la enviaran primero a Nick Bowen, antes de que nadie más tuviera ocasión de leerla.

El paquete llega al despacho de Nick el viernes por la tarde, justo unos minutos después de que él se haya marchado de fin de semana. Cuando vuelve, el lunes por la mañana, se encuentra con el libro encima de la mesa.

Nick es un entusiasta de las novelas de Sylvia Maxwell y, por tanto, no ve el momento de empezar a leerla. Pero nada más pasar la primera página suena el teléfono. Su secretaria le comunica que Rosa Leightman está en la recepción, preguntando si puede pasar a verlo un momento. Que pase, dice Nick, y antes de que pueda acabar de leer las primeras frases del libro (*La guerra casi había terminado, pero nosotros no lo sabíamos. Éramos muy pequeños para darnos cuenta de las cosas, y como la guerra estaba en todas partes, no...*), la nieta de Sylvia Maxwell entra en su despacho. Va vestida con ropa sencilla, apenas maquillada, el pelo corto, con un estilo que ya no se lleva, y sin embargo, piensa Nick, tiene un rostro tan fascinante, tan dolorosamente joven y sin reservas, evoca (se le ocurre de pronto) tal despliegue de esperanza y energía humana liberada, que por un momento llega a faltarle la respiración. Eso es precisamente lo que me sucedió a mí la primera vez que vi a Grace —una sacudida que me dejó paralizado, incapaz de tomar aliento—, de manera que no me resultó difícil trasladar esos sentimientos a Nick Bowen e imaginarlos en el contexto de otra historia. Para simplificar aún más las cosas, di el cuerpo de Grace a Rosa Leightman: hasta en los detalles más mínimos, más característicos, incluyendo la cicatriz de su infancia en la rodilla, el incisivo izquierdo ligeramente torcido, y el lunar en el lado derecho de la mandíbula.³

3. Casualmente yo también conocí a Grace en una editorial, lo que podría explicar el motivo de que decidiera dar a Bowen el trabajo que tenía. Fue en enero de 1979, poco después de acabar mi segunda novela. Había publicado la primera y un libro de relatos anterior en una pequeña editorial de San Francisco, pero ahora había pasado a una importante casa de Nueva York, más comercial, Holst y McDermott. Unas dos semanas después de firmar el contrato, acu-

En cuanto a Bowen, en cambio, lo hice distinto de mí; lo contrario de mí mismo, en realidad. Como soy alto, lo hice bajo. Soy pelirrojo, así que hice que fuese moreno.

dí al despacho de mi editora, y en cierto momento de la conversación empezamos a discutir ideas sobre la cubierta del libro. Entonces fue cuando Betty Stolowitz cogió el teléfono de encima de su escritorio y me dijo: «¿Por qué no llamamos a Grace, para que venga y nos diga lo que le parece?». Resultó que Grace trabajaba como diseñadora gráfica en Holst y McDermott y le habían encargado la cubierta de *Autorretrato con hermano imaginario*, título de mi libro de fantasmas, ensueños y angustias de pesadilla.

Betty y yo seguimos hablando tres o cuatro minutos más, y entonces Grace Tebbetts hizo acto de presencia en el despacho. Se quedó alrededor de un cuarto de hora y, cuando salió para volver a su despacho, yo ya estaba enamorado de ella. Fue algo así de brusco, concluyente e inesperado. Había leído cosas parecidas en algunas novelas, pero siempre pensaba que los autores exageraban el influjo de la primera mirada: ese momento tantas veces descrito en que el protagonista mira a los ojos de su amada por primera vez. Para un pesimista nato como yo, fue una experiencia enteramente increíble. Me sentí transportado al universo de los trovadores, reviviendo un pasaje del primer capítulo de *La vita nuova* (... cuando por primera vez la gloriosa Dama de mis pensamientos se hizo presente ante mis ojos), habitando los rancios tropos de un millar de olvidados sonetos de amor. *Ardía. Me consumía. Desfallecía. Mudo quedé.* Y todo eso pasaba en un entorno de lo más insípido, bajo el crudo resplandor de las luces fluorescentes de una oficina norteamericana de finales del siglo xx: el último lugar del mundo donde a uno se le ocurriría tropezar con la pasión de su vida.

Medía un metro setenta y dos centímetros, y pesaba cincuenta y siete kilos. Cuello esbelto, brazos y dedos largos, piel pálida y cabello rubio oscuro, más bien corto. Su pelo, según caí en la cuenta más adelante, tenía cierto parecido con el de los dibujos del protagonista de *El principito* —un manojo de mechones rizados y en punta—, y esa asociación quizá ampliara el aura un tanto andrógina que emanaba de Grace. La ropa masculina que llevaba aquella tarde también debió de tener algo que ver en la creación de aquella imagen: vaqueros negros, camiseta blanca y chaqueta de lino azul claro. Al cabo de cinco minutos se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de su silla, y cuando le vi los brazos, aquellos brazos largos, sua-

Calzo un cuarenta y cuatro, de manera que le di un cuarenta y dos. No me inspiré en ningún conocido (al menos conscientemente), pero una vez que terminé de perfilarlo

ves, infinitamente femeninos que tenía, supe que no descansaría hasta poder tocarlos, hasta conquistar el derecho de poner las manos sobre su cuerpo y acariciarle la piel desnuda.

Pero quiero ir más allá del cuerpo de Grace, más allá de los incidentales detalles de su persona física. Los cuerpos cuentan, desde luego —cuentan más de lo que estamos dispuestos a admitir—; pero no nos enamoramos de los cuerpos, nos enamoramos de lo que somos, y si en gran parte nuestra naturaleza se ve circunscrita a un ámbito de carne y hueso, también hay otra cosa. Eso lo sabemos todos, pero en cuanto nos apartamos de un catálogo de apariencias y cualidades superficiales, las palabras empiezan a fallar, a desmenuzarse en confusiones místicas y metáforas nebulosas, insustanciales. Algunos lo denominan *la llama de la existencia*. Otros, *la chispa interior o la luz íntima de la personalidad*. Y otros se refieren a *la llama de la esencia*. Los términos siempre evocan imágenes de luz y calor, y esa fuerza, ese principio vital que a veces llamamos *alma*, siempre se comunica al otro a través de la mirada. Seguro que los poetas acertaban al insistir en ese punto. El misterio del deseo empieza cuando se mira a los ojos al ser amado, porque únicamente allí puede percibirse un destello de quién es esa persona.

Grace tenía los ojos azules. De un azul oscuro, moteado de gris, con algo de castaño, quizá, pero también de avellana a modo de contraste. Eran ojos intrincados, ojos que cambiaban de color según la intensidad y la inflexión de la luz que recibieran en un momento determinado, y cuando la vi por primera vez aquel día en el despacho de Betty, se me ocurrió que nunca había conocido a una mujer que irradiara tal serenidad, tanto aplomo en su manera de ser, como si hubiera alcanzado ya, sin haber cumplido aún veintisiete años, un estadio de existencia superior al del resto de los mortales. No pretendo sugerir que hubiese en ella reserva alguna, que Grace flotara por encima de las circunstancias envuelta en alguna beatífica niebla de condescendencia o frialdad. Por el contrario, se mostró bastante animada durante toda la entrevista, dispuesta a reír, a sonreír, a formular todas las observaciones y a hacer todos los gestos que había que hacer, pero bajo su interés profesional por las ideas que Betty y yo le proponíamos se percibía una asombrosa ausencia de lucha interior, un equilibrio mental que parecía eximirla de los habituales

en mi imaginación, me resultó asombrosamente verosímil, tanto que casi podía verlo entrar en el estudio y quedarse de pie a mi lado, mirando al escritorio con la mano en mi hombro y leyendo lo que estaba escribiendo..., viendo cómo le daba vida con la pluma.

Por fin, Nick indica una silla a Rosa, que se sienta al otro lado del escritorio. Sigue una pausa de indecisión. Nick ha vuelto a recobrar el aliento, pero no se le ocurre nada que decir. Rosa rompe el hielo preguntándole si ha encontrado tiempo para leer el libro durante el fin de semana. No, contesta él, llegó tarde. No lo he recibido hasta esta mañana.

Rosa parece aliviada. Qué bien, dice. Corre el rumor de que la novela es un fraude, que no la escribió mi abuela. Como quería estar completamente segura, contraté a un grafólogo para que examinara el manuscrito original. Su informe me llegó el sábado, y en él se afirma que es auténtico. Solo para que lo sepa. *La noche del oráculo* es obra de Sylvia Maxwell.

Parece que le ha gustado el libro, observa Nick, y Rosa confirma que sí, que la conmovió mucho. Si lo escribió en 1927, prosigue Nick, entonces viene después de *La casa en llamas* y *Redención*, pero antes de *Paisaje con árboles*, lo que la convertiría en su tercera novela. Por entonces aún no había cumplido los treinta, ¿verdad?

conflictos y agresiones de la vida moderna: falta de confianza en uno mismo, envidia, sarcasmo, necesidad de juzgar o menospreciar a los demás, el punzante, insostenible dolor de la ambición personal. Grace era joven, pero poseía un alma madura y curtida, y sentido frente a ella aquel primer día en la sede de Holst y McDermott, mirándola a los ojos y estudiando los contornos de su cuerpo esbelto y anguloso, de eso es de lo que me enamoré: la sensación de calma que la envolvía, el radiante silencio que ardía en su interior.

Veintiocho, confirma Rosa. Los mismos que yo tengo ahora.

La conversación prosigue durante otros quince o veinte minutos. Nick tiene muchísimo que hacer esa mañana, pero no se decide a pedirle que se vaya. Hay algo tan directo en esa chica, tan lúcido, tan carente de artificio, que quiere seguir mirándola más tiempo y asimilar plenamente el impacto de su presencia: que resulta fascinante, decide, precisamente porque Rosa no es consciente de ello, por la absoluta indiferencia del efecto que produce en los demás. No dicen nada importante. Nick se entera de que es hija del hijo mayor de Sylvia Maxwell (fruto del segundo matrimonio de la escritora con Stuart Leightman, director de teatro) y que nació y se crio en Chicago. Cuando Nick le pregunta por qué tenía tanto interés en que él fuera el primero en recibir el libro, ella contesta que no sabe nada de cómo trabajan en las editoriales, pero que Alice Lazarre es su novelista contemporánea preferida y cuando se enteró de que Nick era su editor, decidió que era el más indicado para el libro de su abuela. Nick sonrío. Alice estará encantada, asegura Nick, y unos minutos después, cuando Rosa se pone finalmente en pie para marcharse, él saca unos libros de un estante y le regala un montón de primeras ediciones de Alice Lazarre. Espero que *La noche del oráculo* no lo decepcione, dice Rosa. ¿Por qué iba a decepcionarme?, inquiriere Nick. Sylvia Maxwell era una novelista de primera clase. Bueno, observa Rosa, es que este libro es diferente de los demás. ¿En qué sentido?, pregunta Nick. Pues no sé, dice Rosa, en todos. Ya lo averiguará usted mismo cuando lo lea.

Había otras decisiones que tomar, desde luego, una multitud de detalles importantes que imaginar e incorporar a la escena, para darle plenitud y autenticidad, por

contrapeso narrativo. ¿Cuánto tiempo lleva Rosa viviendo en Nueva York?, por ejemplo. ¿Qué hace allí? ¿Tiene trabajo? Y, en caso afirmativo, ¿es importante para ella esa ocupación o simplemente un medio de ganar lo suficiente para pagar el alquiler? ¿Y en qué situación se encuentra en el plano amoroso? ¿Está soltera o casada, comprometida o sin compromiso, buscando algo o esperando paciente-mente a que aparezca la persona adecuada? En un primer impulso pensé que fuera fotógrafa, o quizá ayudante de montaje, que tuviera un trabajo relacionado con imágenes, no con palabras, como el de Grace. Soltera, decididamente; sin duda nunca había estado casada, aunque quizá salía con alguien, o, mejor aún, acababa de romper después de una relación larga y tortuosa. No quería detenerme de momento en aquellas cuestiones, ni en cuestiones similares en relación con la mujer de Nick: profesión, ambiente familiar, gustos musicales, literarios, etcétera. Aún no me había puesto a escribir la historia, simplemente esbozaba la acción con trazos amplios, y no podía quedarme empantanado en nimiedades, en asuntos de menor importancia. Eso me habría obligado a pararme a pensar, y de momento solo me interesaba seguir adelante, ver adónde iban a llevarme las imágenes que desfilaban por mi mente. No se trataba de frenar nada; ni tampoco de tomar decisiones. Aquella mañana mi tarea consistía simplemente en seguir lo que iba ocurriendo en mi interior, y para lograrlo tenía que mover la pluma lo más rápido posible.

Nick no es un aventurero ni un seductor. Está casado y no ha desarrollado la costumbre de engañar a su mujer, y además no es consciente de tener intenciones con respecto a la nieta de Sylvia Maxwell. Pero no cabe duda de que se siente atraído hacia ella, de que lo ha cautivado la

deslumbrante sencillez de su actitud, y en cuanto Rosa se levanta y sale del despacho, le pasa como un relámpago por la cabeza —un pensamiento espontáneo, el trueno figurativo del deseo— la idea de que sería capaz de cualquier cosa por acostarse con esa mujer, incluso de llegar al punto de sacrificar su matrimonio. Los hombres tienen esa clase de pensamientos veinte veces al día, y solo porque alguien experimente un momentáneo destello de excitación no significa que tenga intención alguna de ceder al impulso, pero aun así, en cuanto se da cuenta de lo que se le ha ocurrido, Nick siente asco de sí mismo, asaltado por un sentimiento de culpa. Para apaciguar su conciencia, llama a su mujer a la oficina (gabinete jurídico, agencia bursátil, hospital: se determinará más adelante) y le anuncia que va a reservar mesa en su restaurante favorito para llevarla a cenar esa misma noche.

Se encuentran a las ocho en punto. Las cosas van estupendamente mientras toman el aperitivo y los entrantes, pero luego empiezan a hablar de un asunto doméstico sin importancia (una silla rota, la inminente llegada de una prima de Eva a Nueva York, una cuestión enteramente secundaria), y enseguida se ponen a discutir. No de forma vehemente, quizá, pero sus voces denotan la suficiente irritación como para echar a perder su estado de ánimo. Nick expresa sus disculpas, y Eva las acepta; Eva expresa las suyas, y Nick las acepta. Pero la conversación pierde gracia, y no hay modo de recobrar la armonía de unos momentos antes. Cuando les sirven el primer plato, ambos guardan silencio. El restaurante está atestado, bulle de animación, y al recorrer Nick distraídamente la estancia con la mirada ve de pronto en un rincón a Rosa Leightman, sentada a una mesa con cinco o seis personas. Eva se da cuenta de que está mirando en una dirección

determinada y le pregunta si ha visto a alguien conocido. Aquella chica, dice Nick. Ha venido a mi despacho esta mañana. Le cuenta algo sobre Rosa, menciona la novela escrita por su abuela, Sylvia Maxwell, y luego intenta cambiar de tema, pero Eva vuelve entonces la cabeza y se fija en la mesa de Rosa, situada al otro extremo de la sala. Es muy guapa, observa Nick, ¿no te parece? No está mal, contesta Eva. Pero qué pelo más raro lleva, Nicky, y va horrorosamente vestida. Eso no importa, afirma Nick. Está llena de vida..., hace tiempo que no veo a una persona tan llena de vida. Es la clase de mujer que puede hacer que un hombre pierda la cabeza.

Es horrible decir eso a la mujer de uno, sobre todo si la mujer ha empezado a notar que su marido se está alejando de ella. Bueno, dice Eva a la defensiva, pues qué lástima que tengas que estar conmigo. ¿Quieres que vaya a su mesa y la invite a sentarse con nosotros? Nunca he visto a un hombre perder la cabeza. Siempre se puede aprender algo nuevo.

Consciente de la crueldad que acaba de decir sin darse cuenta, Nick trata de reparar los daños. No hablaba de mí, contesta. Me refería a un hombre..., a cualquier hombre. Al hombre en abstracto.

Después de cenar, Nick y Eva vuelven a su casa, en el West Village. Es un dúplex pulcro y bien amueblado de la calle Barrow: el apartamento de John Trause, en realidad, que me he apropiado para mi narración flitcraftiana como inclinación silenciosa ante quien me sugirió la idea. Nick tiene que escribir una carta y pagar unas facturas, y mientras Eva se prepara para acostarse, se sienta a la mesa del comedor y se dispone a atender a esas pequeñas obligaciones. Eso le lleva tres cuartos de hora, pero aunque se está haciendo tarde, se siente inquieto, todavía no le ape-

tece irse a la cama. Asoma la cabeza por la puerta del dormitorio, ve que Eva sigue despierta y le dice que sale a echar las cartas al correo. Solo va hasta el buzón de la esquina. Tardará cinco minutos.

Entonces ocurre todo. Bowen coge la cartera (que sigue conteniendo el manuscrito de *La noche del oráculo*), mete en ella las cartas y sale a hacer el recado. Es el inicio de la primavera, y sopla un fuerte viento por la ciudad, haciendo sonar los letreros de las calles y removiendo desperdicios y papeles. Sin dejar de pensar en su inquietante encuentro con Rosa por la mañana, intentando aún comprender el incidente doblemente perturbador de haberla visto otra vez por la noche, Nick va hacia la esquina como envuelto en una nube y apenas mira por dónde pisa. Saca el correo de la cartera y lo echa al buzón. Algo se ha roto en su interior, dice para sí, y por primera vez desde que empezaron sus problemas con Eva, está dispuesto a admitir la realidad de su situación: que su matrimonio ha fracasado, que su vida ha llegado a un punto muerto. En vez de dar media vuelta y volver inmediatamente a casa, decide prolongar unos minutos el paseo. Sigue caminando por la calle, dobla la esquina, recorre otra calle y vuelve a torcer en la siguiente manzana. Once pisos por encima de él, la cabeza de una pequeña gárgola de piedra caliza sujeta a la fachada de un edificio de apartamentos se va desprendiendo poco a poco del resto de la estructura a causa de los embates del viento que sigue azotando la calle. Nick da otro paso, luego otro, y en el momento en que la cabeza de la gárgola por fin se suelta, él entra directamente en la trayectoria del objeto que se desploma. Así, de forma ligeramente modificada, comienza la historia de Flitcraft. Precipitándose en picado, la gárgola pasa a unos centímetros de la cabeza de Nick,

rozándole el brazo, para estallar luego en mil pedazos contra la acera.

El impacto lo arroja al suelo. Se queda espantado, desorientado, anonadado. Al principio, no tiene idea de lo que acaba de ocurrir. Una fracción de segundo de alarma mientras la piedra le roza la manga, un instante de conmoción cuando la cartera se le escapa de la mano y luego el estrépito de la cabeza de la gárgola que se estrella contra la acera. Pasan unos momentos antes de que esté en condiciones de reconstruir la secuencia de los hechos, y cuando lo hace, se levanta del suelo comprendiendo que podría estar muerto. Aquella piedra era su destino. Esta noche ha salido de casa por el único motivo de encontrarse con la piedra, y si ha logrado escapar sano y salvo, eso solo puede significar que se le ha otorgado una vida nueva, que su existencia anterior ha terminado, que hasta el más nimio momento de su pasado es ya de otra persona.

Un taxi da la vuelta a la esquina y viene por la calle en su dirección. Nick alza la mano. El taxi se detiene y Nick sube al vehículo. ¿Adónde?, pregunta el taxista. Nick no tiene ni idea, así que dice lo primero que se le ocurre. Al aeropuerto, contesta. ¿A cuál?, pregunta de nuevo el conductor. ¿Kennedy, La Guardia o Newark? A La Guardia, contesta Nick, de modo que a La Guardia se dirigen. Al llegar, Nick va al mostrador de billetes y pregunta cuándo sale el siguiente vuelo. ¿El vuelo adónde?, pregunta el empleado. A cualquier parte, responde Nick. El empleado consulta el horario. Kansas City, le informa. Hay un vuelo que tiene el embarque dentro de diez minutos. Muy bien, dice Nick, tendiéndole su tarjeta de crédito, deme un billete. ¿De ida, o ida y vuelta? Solo de ida, contesta Nick, que media hora después está sentado en un avión, volando en plena noche hacia Kansas City.